

Manuel Orestes Nieto

Premio Nacional
Ricardo Miró, 2012
Recibido: 15 de mayo, 2012
Aceptado: 16 de setiembre, 2012



Aquel país en su memoria

Ella me hablaba del lugar donde nació,
caliente, húmedo y fluvial,
como quien cuenta el naufragio de un país.

Al oírle, daba la impresión de que esa patria selvática,
que describía hasta en los sonidos de las aves
y el temor a las jaurías de animales de ojos violáceos,
quedaba demasiado lejos.

Sus historias quedaban trucas,
abatidas por un silencio ardiente y melancólico,
hijo de una lejanía.

Siempre sentí temor cuando repetía
que los huracanes aparecían de pronto
como gigantes sin rumbo que todo lo arrasaban.

Pero me contaba de su país de montañas
desde donde se miraban dos mares a la vez,
página a página,
rugido a rugido,
como los vientos abruptos y los agujajes
que cuarteaban las orillas de los esteros.

Cuando la lluvia nos encerraba en casa
y no podíamos salir,
le pedía que me dijera cómo era aquel lugar
de árboles tan altos como el cielo
y de escarabajos de color lapislázu.

Y, entonces, su país era una bruma alegre en sus ojos.

Su inolvidable país donde el sol era una fiesta roja
que teñía el océano,
manojos de sal y espuma en las noches fosforescentes
donde las estrellas fugaces se contaban por cientos.

El país que a fuerza de remembranzas
permaneció inalterable en su corazón de cristal
y en su memoria fresca
y que, de cuando en cuando, abría
para verlo flotar en un mar de lágrimas.

(De *Ardor en la memoria*)

Del Poemario *Muertes sucesivas*

1.

Todavía puedo ver correr al niño que fui. El niño que al huir sin rumbo se perdió en el ocaso y ya no regresó a casa.

El niño que esperamos en vano hasta el amanecer.

Todavía le oigo llorar a escondidas sin saber que esquirra de vidrio o de lodo partió su corazón. Su mirada es la del animal que expira calcinado en la pira del sacrificio. Su ausencia es la ofrenda inmerecida y la honda cortada.

Quisiera verle sólo una vez más en la misma esquina donde nos bifurcó la vida. Una vez más, sin reproches ni lágrimas; pero no, ya nunca volverá. Al desvanecerse se borraron en la bruma los días naranjas y los descubrimientos alarmantes de la incansable infancia.

No sé si en realidad aquel niño ingresó al mundo o si sólo pasó de costado. Ya no puedo precisar si vivimos los mismos años o si extraño a alguien que nunca tuve y perdí.

Aún lamento no poder bañarme bajo los aguaceros donde nos empapamos con los sueños que quedaron esparcidos como charcos plomizos en la calle y se evaporaron.

Es inútil abrir la cripta donde yacen estos recuerdos ilusos que sólo sirven para maltratarme.

No queda nada de él ni de mí. No está en la casa donde nacimos, ni en la que moriremos. No está en la acera donde jugamos, ni en la curvatura del miedo que nos dominó al crecer. No está escondido en el crepúsculo ni en el mediodía del verano.

Nada se llevó consigo, nada me dejó de recuerdo. Sólo se esfumó y no quedó ni un vestigio.

El tiempo no fue nuestro bálsamo, sino nuestro veneno.

Aquel niño ha muerto y aún llevo a costas su cadáver, sin encontrar la tierra sin dolor donde enterrarlo.